

# SIN METRO NI RELOJ

**Antonio Trobajo Díaz** (La Nueva Crónica, 12-III-2017)

El próximo domingo es el Día del Seminario. Por explicarlo todo, será un día en el que la Iglesia católica pondrá su mirada y su interés, que en los tiempos que corren es preocupación, en las personas, jóvenes y no tan jóvenes, que se sienten llamados (“vocación” tiene ese origen) a ser sacerdotes y, para serlo, a formarse adecuadamente en los centros educativos específicos que denominamos Seminario, nombre que significa de forma muy expresiva “semillero”. Es decir, un lugar donde se planta la grana que ofrecen las familias, las parroquias y los colegios, se cuida con mimo por parte de todos (el Seminario se dice que es “el corazón de la diócesis”) y acaba por ofrecerse, ya convertida ojalá en árboles firmes, a las tierras y a las gentes de donde salieron, con el fin de que sean servidores en ellas del Evangelio, Buena Noticia, de Jesús de Nazaret. Allí serán ministros (otra palabra cargada de sentido y desfigurada hoy por la dictadura de la política) de la Palabra y de los Sacramentos, en especial de la Reconciliación y de la Eucaristía. Dicho de manera sencilla, personas que son elegidas, por los caminos que Dios quiere, para ayudar a los demás a encontrar luz y sentido y esperanza en la persona de Jesucristo.

En este intento rumiarán en lo profundo su indignidad para la misión, pero se fiarán ciegamente de la gracia y la fuerza de Dios; serán repartidores de misericordia y de consuelo, aunque echen sobre sus espaldas muchos fardos de disgustos, incomprensiones y hasta calumnias; no tendrán más herencia que la de Cristo mismo, pero, en más ocasiones de las que se puede pensar, se verán arropados por el cariño y el agradecimiento de familia, presbiterio, alumnos y feligreses. Y así se irán “desviviendo” (hermosa y polisémica palabra, que es envejecer y es entregarse) en un servicio gratuito para el que no debe haber ni metro ni reloj. Verdad es que nadie será perfecto en esta misión. Pero abunda más el trigo de la mejor calidad que la paja que son las miserias morales humanas.

Para muestra caliente de lo escrito, ahí quedan en estos días las vidas, acabadas para esta tierra que regaron con lágrimas y sonrisas, de los sacerdotes astorganos Juan Francisco Santamaría y Miguel Pérez Díez y de los leoneses Enrique García Centeno e Hipólito Carpintero. En pequeñas parroquias rurales, en cabeceras sonoras de comarca, en labores académicas o en servicios urbanos múltiples han estado muchos años “cerca de Dios y de los hermanos”. Justo este es el lema de la Campaña de este año.